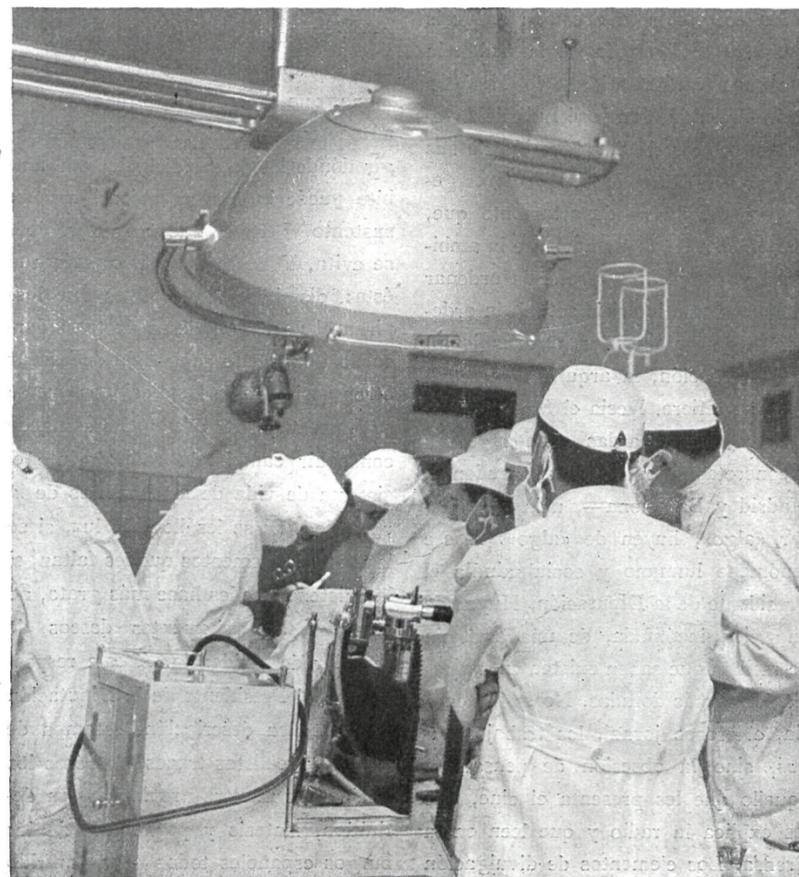


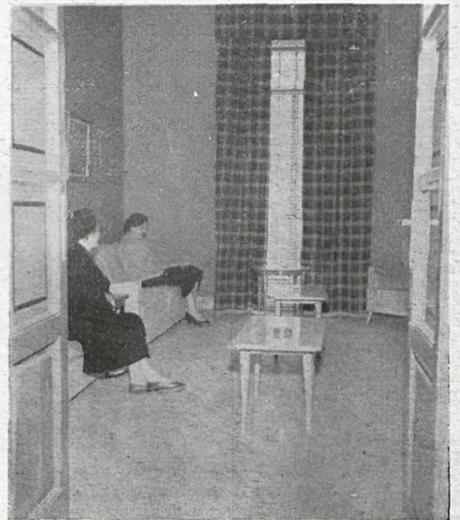
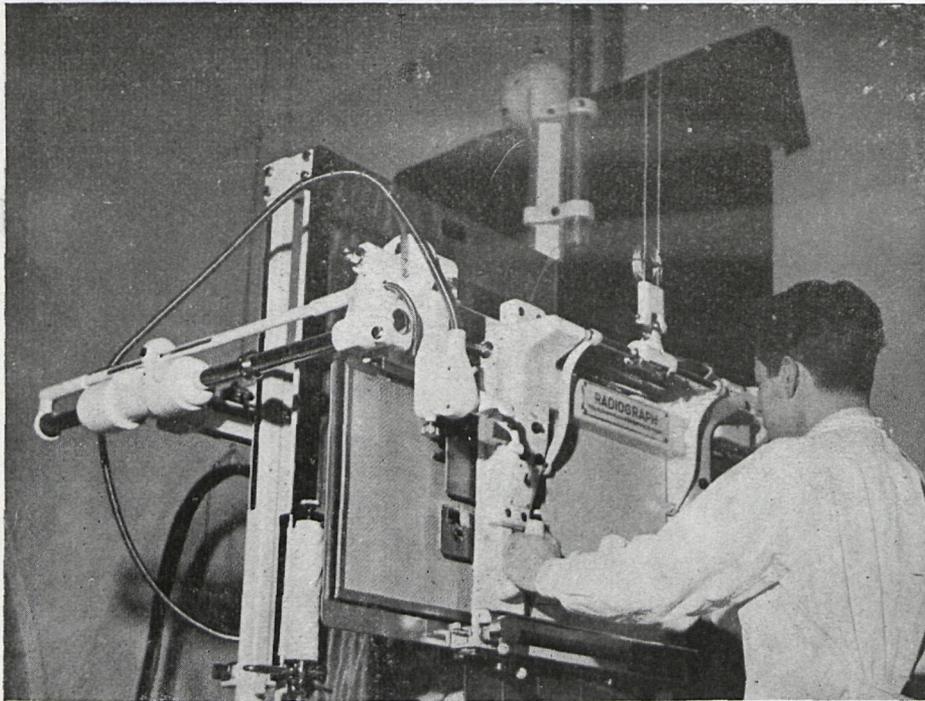
O'Donnell, 48: Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología

Desde el interior de una de sus habitaciones, la cámara ha captado un ángulo del nuevo edificio del Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología, como puede apreciarse en la primera foto, a la izquierda. Viene después un confortable rincón del vestíbulo y, en la otra foto, la alegría de una madre que se siente debidamente atendida en una institución modelo, donde acaba de tener dos hijos. En las fotos de abajo presentamos, en primer lugar, una intervención quirúrgica, que, como se ve, va garantizada con los mejores elementos técnicos de la cirugía. En el centro, una foto de la cocina y, por último, una vista de una de las salas donde las enfermeras cuidan a las futuras madres.

EL viejo, el casi histórico caserón de la calle de Mesón de Paredes ha desaparecido ya en la vida de la Casa de Maternidad y hasta el nombre ha cambiado incluso en esta época tan trascendental para él. Ahora ostenta el pomposo título de Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología, y la Diputación madrileña le ha levantado un nuevo edificio de estilo funcional en la calle de O'Donnell, más de acuerdo con sus especialidades de Obstetricia y Ginecología.

El nuevo Instituto está dotado con todos los adelantos modernos que exige su delicada misión, como son, por ejemplo, el Servicio de Prematuros, provisto de una incubadora para cada servicio; la sección de Radioterapia y Radiodiagnóstico, con las últimas novedades en aparatos de radioterapia, tales como pendulares fijos, de contactos y de radiodiagnóstico; la central de oxígeno, canalizada a todas las habitaciones e instalada en la cabecera de las camas de las post-operadas y en los departamentos destinados a prematuros, y el Servicio de Ginecología, completa-





A la izquierda, uno de los últimos aparatos, con el que el médico busca, con la máxima garantía, el diagnóstico más exacto. Arriba, dos mujeres, cómodamente sentadas y en un ambiente agradable, esperan la hora de la consulta.

mente aislado del de Obstetricia para su mejor funcionamiento.

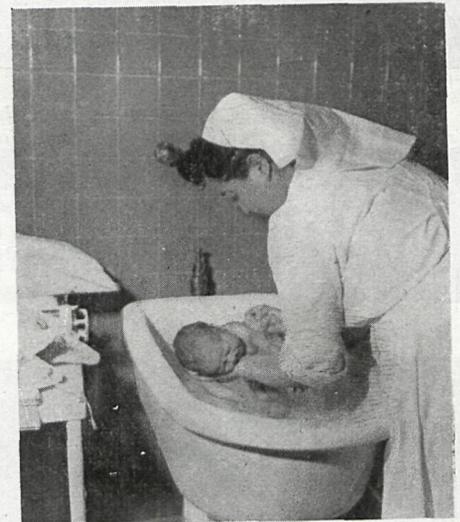
Gracias a los medios y adelantos del nuevo centro, toda enferma que ingresa en el mismo es objeto de un minucioso reconocimiento y es estudiada detenidamente con el fin de lograr el mejor diagnóstico. Para ello se dispone de un avanzado laboratorio dotado con los últimos medios científicos existentes para el estudio hormonal de citología vaginal, así como del Servicio de Anatomía Patológica, con sus correspondientes instrumentos que permiten llegar a un diagnóstico en la manifestación más precoz del cáncer.

Y como complemento a esta breve información añadiremos que el nuevo Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología está dotado de 450 camas distribuidas en los tres servicios de que consta, donde existen camas y habitaciones independientes, con habitaciones de dos y cuatro camas, respectivamente. Cuenta igualmente con un servicio completo de farmacia, tiene una dependencia aislada para la experimentación animal y funciona, en los sótanos, una serie de servicios auxiliares, tales como ascensores, montacargas, montaplatos, lavaderos y secadores mecánicos, servicios de esterilización, cocinas, etc., etc., que convierten al nuevo Instituto en un centro modelo que, posiblemente, dentro de su especialidad, puede considerarse como uno de los mejores de Europa.

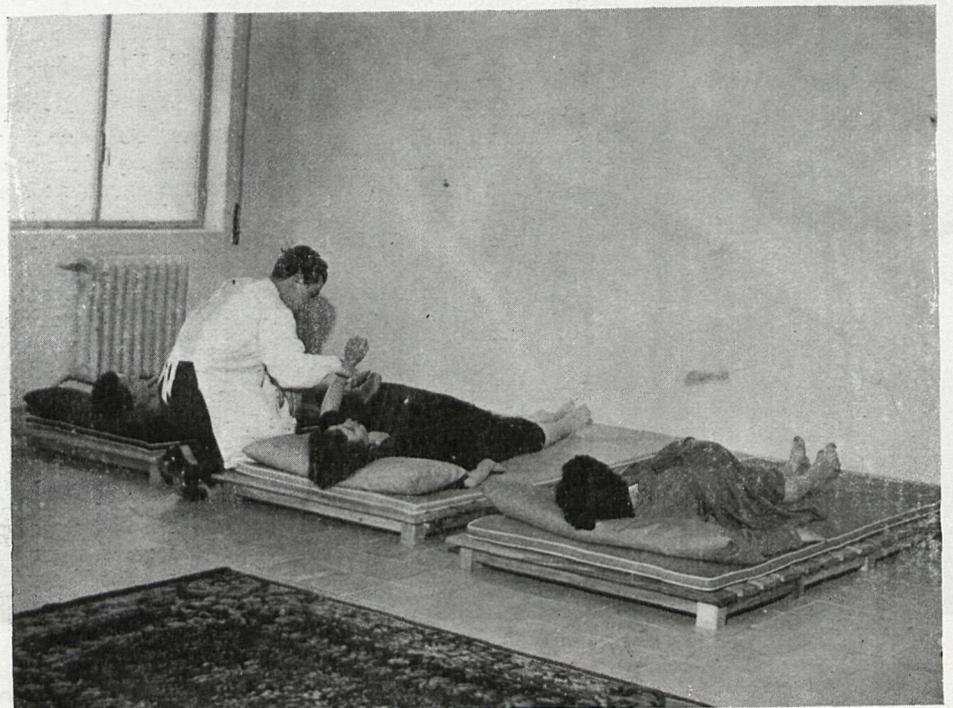
El Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología, que ha venido a sustituir a la antigua Casa de Maternidad que funcionaba en la calle de Mesón de Paredes, ha

sido construido y dotado con los mayores adelantos, tanto técnicos como científicos, en beneficio de aquellas personas modestas que no puedan costearse los gastos que la maternidad trae consigo, siendo, por lo tanto, un centro benéfico —el más moderno de la Diputación— en el que, sin embargo, se asiste también a enfermas de pago que se consideran como particulares. No obstante, no existe diferencia alguna en cuanto a la asistencia médica y tratamiento, procurándose así que en el momento crítico de la maternidad no existan distinciones, y con los ingresos que facilitan las enfermas de pago se atienden una serie de mejoras en el sostenimiento y conservación del gran edificio que ocupa el Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología.

(Reportaje gráfico : Leal.)



Una foto bien expresiva. Al pequeño le ha llegado el turno de la higiene, y manos habituadas a ello limpian su cuerpecito. Finalmente observamos a un médico especialista dirigiendo los ejercicios que harán menos duro el momento feliz del alumbramiento.





CUANDO la Madre Teresa de Jesús irrumpió por primera vez en las tortuosas calles de nuestro Madrid —quedaban atrás, entre el paisaje austero y avilés, encendido de ocasos otoñales, huellas de los regates del coche en que venía con dos de sus compañeras de vida descalza y con doña María de Mendoza, y su hermano don Bernardino, señores muy principales—, la Villa «era cosa de ver». Andaban ya por sus calles principes y magnates de golas y gorgueras sobre alazanes o en literas de platerescos dorados; consejeros de negros terciopelos, reyes de armas, maestros de cetrería con halcones y jerrifaltes apercebidos, peones de largas lanzas y chambergos de plumas tremendas... Todavía Madrid no se había dado cuenta de la felicidad que le entrara por las puertas grandes y suntuosas de la Corte. Pero el Sello Real, insignia formal de aquélla, había sido ya traído desde Toledo, cuyos moradores quedaban hartó mohinos y recelosos. De Valladolid habían llegado los Consejos. Con la presencia de Felipe II se convertía Madrid en Corte de las Españas, no por declaración oficial acreditada en textos, sino en virtud del tiempo y fuerza de los hechos consumados. Sin embargo, era aquel Madrid filipense hartó mezquino y recoleto para ser capital de dos mundos. No estaban las casas «a propósito de Corte». Pero el viejo Alcázar era un soberbio caserón y albergaba ya al más noble señor entre los señores de Castilla.

A este Madrid llegó, ascética de afanes y mística de

HUELLAS TERESIANAS

Quando Santa Teresa llegó a Madrid

La fama de su santidad se había difundido por todo el reino y de boca en boca corrían maravillas de la virtud y favores que de Dios recibía la Madre Teresa. Su presencia en Madrid fué un acontecimiento bien sonado, del que la Santa estaba bien ajena, y sirvió para dar al mundo un ejemplo de discreción y naturalidad cristiana. Durante su estancia en la capital visitó el Monasterio de las Descalzas Reales, quizá único recuerdo teresiano que conserva Madrid, y cuya vista general publicamos con el retrato de la Santa pintado por Fray Juan de la Miseria.



arrobos celestiales, la Santa andariega. ¿Qué huellas teresianas quedan en el Madrid de ahora, suntuoso y magnífico en su aire cosmopolita y su tono de gran ciudad europea? La piqueta demolidora, en aquel cúmulo de reformas del siglo pasado, que derribó conventos e iglesias y dió lugar a estas soberbias plazas alfombradas de bellos jardines, hizo desaparecer todo rastro material de las andanzas de Santa Teresa por la Villa y Corte filipenses. Desapareció el convento de Santa Ana, que permitió la plaza de dicho nombre —parece que fué priora de ese convento la Madre Ana de los Angeles, que Santa Teresa llevó consigo en su primer viaje a Madrid, y que destinaba para priora de la futura casa de Malagón—; desapareció de la plaza de Santo Domingo el convento de los Angeles, donde Santa Teresa conoció a su fundadora, aquella severa y piadosísima dama que se llamó doña Leonor de Mascareñas. «Muy metida en achaques de reforma y arreglo de conventos», deseaba entrevistarse con Santa Teresa, y en su palacio, ya convertido en convento, hospedóse la Santa de Avila y allí pudo ponerse en relación con importantes personajes de la Corte, pues doña Leonor era muy respetada y, por su talento y virtudes, gozaba de gran confianza de todos, incluso de Felipe II, de quien había sido aya, como lo fué después del príncipe don Carlos, por voluntad del rey. Para la Santa, el palacio y la amistad de doña Leonor de Mascareñas, que había de durar toda la vida, fueron amparo y remanso moral en las tremendas borrascas que contra ella se levantaron durante su existencia de fundadora.

El rico anecdótico que es la vida de Teresa de Cepeda ofrece el episodio, lleno de gracia y de encanto mundano, de su presentación a las señoras las Franciscanas Descalzas, Santa María de principales y personajes de la Corte. Su presencia en Madrid había de constituir un acontecimiento bien sonado, del que la Madre Teresa estaba bien ajena. La fama de su santidad se había difundido por todo el reino y, naturalmente, con mayor fuerza e insistencia en la Corte. Su recolección de San José de Avila había atraído poderosamente la atención de Madrid, y de boca en boca corrían maravillas de la virtud y favores que de Dios recibía la Madre Teresa. Excitada la curiosidad de damas y grandes señoras devotas, quisieron aprovechar la estancia de la Santa en casa de doña Leonor de Mascareñas para verla y tratarla. El historiador, Padre Silverio de Santa Teresa, O. C. D., cuenta y comenta esta presentación en los siguientes términos:

«Se había forjado una religiosa harto distinta de la realidad, y como en aquella época privaban tanto el éxtasis y arrobos, estima que produjo un verdadero enjambre de beatas embusteras y pseudoextáticas, creyendo que la santidad debía forzosamente manifestarse en una forma llamativa y de escenario, y que la ya célebre Reformadora, por tanto, había de caer a su vista, en plena visita, en algún dulce delirio, con enajenación de senti-

dos, y que se levantaría del suelo atraída por el imán del amor divino hasta dar en los ricos artesonados del palacio. No habían contado con una calidad excelentísima que poseyó la inmortal Reformadora y que dió a su santidad una aleación muy dura e invulnerable a todos los embustes místicos: la discreción. Discretísima fué la Santa, pero extremaba este raro y precioso don de la Providencia en casos determinados, y uno de ellos fué el presente.»

Con natural distinción —también ella era señora— y sin el menor esfuerzo salió de sus habitaciones al salón, donde tantas señoras blasonadas la esperaban, y tras los saludos que la buena educación de entonces estilaba, comenzó a departir con ellas, con el saladísimo ingenio que acostumbraba cuando las circunstancias lo exigían, de un tema tan sugestivo y oportuno, aunque para aquellas señoras inesperado, como el de comentar el aspecto que ofrecían las calles de la Corte.

—¡Qué bonitas calles tiene Madrid!— exclamó tal como se habría expresado cualquier visitante de nuestros días.

Es posible que muchas de las presentes debieron quedar decepcionadas, pero la Santa dió al mundo una de las lecciones más ejemplares y profundas de discreción y naturalidad cristiana.

Es la misma sorpresa que experimentan algunas de las religiosas del monasterio de las Descalzas Reales. La Santa, durante esta estancia de quince días en Madrid, visitó el convento que en el suntuoso palacio de Carlos V fundó la princesa doña Juana de Austria, hermana de Felipe II y madre del rey don Sebastián de Portugal. Es tradición en el convento que en uno de los peldaños de la magnífica escalera que posee, pintada al fresco algo después, se sentara la Madre Teresa, y hacía las labores de

mano —primorosas, por cierto— que necesitaba para sus conventos. Un cronista del Carmen habla así de la visita:

«La señora princesa y demás religiosas que aquí la conocieron, y especialmente la abadesa, hermana del Duque de Gandía, San Francisco de Borja, quedaron no menos admiradas de la humildad que de la santidad, y a una voz decían: «Bendito sea Dios, que nos ha dejado ver a una Santa a quien todas podemos imitar: habla, duerme y come como una de nosotras; conversa sin ceremonias y melindres de espíritu.»

La escalera y el peldaño donde se sentara la Santa se conservan.

A través del torno, las religiosas me han hablado de esa tradición, que tanto estiman. El monasterio quizá sea el único recuerdo teresiano conocido que conserva Madrid, y si el viejo palacio del César da cierto ambiente aún a la plaza de las Descalzas, que ella frecuentó —todos los demás edificios de época desaparecieron—, el tiempo y la piqueta han ido fundiendo en polvo los otros mudos testigos que pudieran quedar en Madrid de su vida andariega y atormentada de lucha.

F. FERRARI BILLOCH



En esta escalera regia y materialmente cubierta de pinturas murales, dice la Historia que ocurrieron grandes milagros. Es la escalera principal del Monasterio de las Descalzas Reales, en uno de cuyos peldaños, precisamente, se sentaba almadre Teresa y hacía las labores de mano que necesitaba para sus conventos.

EL FAMOSO COMPOSITOR DON JOSE CARRILERO



NO sólo los españoles del siglo XVI conquistaron el Nuevo Mundo, sino que descendientes de su estirpe siguen conquistando los países de América en menesteres más agradables y más bellos. Hoy nos vamos a ocupar de un madrileño ilustre, que murió en Buenos Aires el 8 de agosto de 1934, cuando contaba sesenta y cuatro años de edad y había conquistado América del Sur con sus composiciones musicales.

Efectivamente, nació en Madrid en 1870 y estudió en el Real Conservatorio de nuestra Capital, llegando a ser un magnífico ejecutante de violín cuando apenas contaba once años. Inmediatamente formó parte de varias orquestas, sin descuidar por ello sus estudios de composición y armonía, que terminó brillantemente.

Eran los tiempos en que florecía en Madrid el género de zarzuela y de sainetes musicales, bajo la égida artística de maestros tan famosos como Arrieta, Gaztambide, Barbieri, Bretón, Chapí, Chueca, Jiménez, Caballero y muchos otros. En aquel ambiente se crió y vivió el joven compositor José Carrilero, asistiendo a los estrenos y preparándose para alternar con sus maestros.

Sonaba con emularlos, entusiasmado con aquellas partituras que aplaudía el público entendido, perteneciente a todas las clases sociales, que llenaba los teatros madrileños.

Mientras tanto, para ir viviendo, Carrilero tuvo que ganarse la vida como violinista, y cuando tuvo los ahorros suficientes, ya que en España la lucha con los consagrados era muy dura, embarcó un buen día y se presentó en Buenos Aires. Fué acogido como primer violín de las grandes orquestas platenses y actuó como Profesor en el Instituto de Música, mientras se iba impregnando de las modalidades melódicas del pueblo criollo.

Su primera partitura está fechada en 1902. Es la música del sainete titulado «El final del Rigoletto», letra de Agustín Fontanella, que estrenaron en el Teatro Apolo de Buenos Aires. Gustó, y los autores fueron muy aplaudidos, a pesar de que el público argentino aún no estaba iniciado en el género.

Vamos a dar la lista de sus principales obras, por juzgarlo de interés para nuestros lectores, que sin duda desconocen la enorme tarea de este paisano ilustre. Todas ellas fueron estrenadas desde

1908 a 1921, en los teatros Nacional, Argentino, Apolo, Marconi, Olimpo, Politiana y algún otro, por las compañías de Enrique Gil, Parravicini, Podestá, Vittone, Pomar, Casaux y Carcavallo. Son zarzuelas, sainetes, comedias musicales y revistas del mismo género, más un drama lírico. Luego diremos algo especialmente de las más importantes. He aquí la lista:

«Boby», «El monstruo», «Los cómicos de la legua», «Trata de blancas», «Postales baratas», «La Serenata», «Se alquila una pieza», «El sauce llorón», «El Sargento cordobés», «Niñera joven se precisa», «Caras y Caretas», «Lobo de río», «Fresco el andarín», «El candidato», «El sueño del pibe», «Una juerga», «Amor entre ballenas», «La china», «El estreno del Tenorio», «Voto de castidad», «La Criolla», «Crónica de policía», «El comité», «Teatro criollo», «Casos y cosas», «La tierra del zapallo», «El otro Valbuena», «Los vascos», «La Cabaña», «Teatro Nacional», «Teatro de variedades», «Nuestra tata», «La mazorca», «Mar del Plata social», «El caballo blanco», «El bautismo del nene», «El debut de hoy», «El Martes de Carnaval», «El día de los estudiantes», «En la posta», «El pasaje gúemes», «Qué suerte pá la de Ramos», «Fotografía modelo», «Juventú intelectual», «La ciudad triste y Cabrera», «La bodega», «Sed compasivos», «La gauchita», «La seca», «Retrato en colores», «Cristpín el conquistador» y «No hay tierra como mi tierra».

Fueron sus colaboradores literarios: Caballero, Bejarano, Queirolo, Favaro, Castillo, Maturana, Calcagno, Villalobos, Garrido, Alippi, Pelay, Pacheco,

Elósegui, Peralta, Pomar, Novoa, Ramón Vázquez, Edmundo Bianchi, Miguel F. Osés, Vacarezza, Teysera, Capenberg, Rodríguez Acasuso, Rufino Cortés, Daduccio, Carlos S. Gallo, Sargenti, Luis B. Herrera, Julio F. Escobar, Pedro E. Picó, Dupuy de Lome y J. A. Saldías.

En toda la producción del Maestro José Carrilero, el gran músico madrileño demostró que había captado bien las sugerencias de ambiente y costumbrismo de la Argentina, su país de residencia y arraigo durante largos años, pues en todas sus obras supo imprimir a su música un sabor criollo y una gracia porteña de singulares aciertos.

Obtuvo grandes éxitos con la zarzuela «La Serenata», letra de José González Castillo, que estrenaron el 8 de marzo de 1911 y obtuvo el Primer Premio en el Concurso organizado por el Teatro Nacional.

«Voto de castidad», letra de Julio Caballero, fué estrenada el 15 de agosto de 1913 y lo consagró a Carrilero en el género lírico, que con tanto éxito venía cultivando. Claro que hubo de todo en su producción, pero tanto las obras especialmente citadas como la música del drama rural de Pedro E. Picó, «La seca», estrenado en 1917, lo consagran como un compositor de talento. Igualmente cabe decir de «La Serenata» y «La Cabaña», que llevaron al Maestro Carrilero a ser Director de los Teatros Apolo y Nacional durante varios años.

He aquí, pues, cómo los madrileños siguen triunfando en América en el siglo XX.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ
Del Comité Cultural Argentino